

RIVALIDADES IMPERIALES EN EL NUEVO MUNDO

Silvio ZAVALA
El Colegio Nacional

LA EXPANSIÓN DE LAS NACIONES ibéricas estuvo unida a propósitos de establecer esferas exclusivas de dominio colonial, navegación y comercio. España y Portugal contaban con bulas papales y tratados de partición que concedían a sus empresas coloniales el apoyo de documentos solemnes; pero éstos originaron discusiones doctrinales y políticas en la propia Península y no fueron acatados por las otras naciones cristianas, ya porque ellas tuvieran intereses temporales distintos, como ocurría en el caso de Francia, ya porque además negaran la autoridad papal, como aconteció con las potencias protestantes después de la Reforma.

Varios países de Europa entraron de hecho en la competencia de la navegación, el comercio y la ocupación de posesiones coloniales, principalmente Francia, Inglaterra y Holanda; las primeras manifestaciones de esa rivalidad tomaron la forma de ataques de corso y piratería contra los barcos y las posesiones de España y Portugal. En el orden de la doctrina aparecieron los defensores de la libertad de los mares y de la adquisición de territorios que no estuvieran efectivamente ocupados por alguna potencia, aunque se hallaran comprendidos dentro de las demarcaciones derivadas de anteriores descubrimientos. Existieron los títulos concedidos por los tratados que estipulaban el traspaso de soberanía de algunas provincias al término de las guerras. Las naciones que ingresaron tras las ibéricas en la competencia colonial procuraron, a su vez, reservar para sí la navegación, el comercio y el dominio de las esferas ultramarinas que iban ganando.¹

España y Portugal conservaron posiciones importantes en el ámbito de la expansión oceánica, aunque no pudieron ce-

errar las rutas ni los territorios nuevos a la penetración de los marinos, soldados y comerciantes de las naciones europeas rivales. Quisieron sostener el monopolio comercial más o menos completo dentro de la esfera de sus respectivos imperios y defender un relativo *statu quo* territorial con ayuda de las flotas y las fortificaciones. El comercio y la posesión de los territorios americanos figuraron entre los objetivos de las guerras y de la diplomacia de los países europeos; el tratado que se firmó en Utrecht, por ejemplo, al conceder a Inglaterra algunos derechos de intercambio con las posesiones hispanoamericanas, mostraban hasta qué punto la competencia por el comercio había entrado a formar parte de la lucha política. Las contiendas entre las potencias europeas se hicieron sentir en todas las áreas de América y de otras partes del mundo que mantenían vínculos políticos y económicos con los navegantes y colonos de Europa. Los cambios en los alineamientos diplomáticos metropolitanos repercutieron en las colonias americanas, africanas y asiáticas. Las rivalidades persistentes luso-hispana, anglo-hispana, franco-inglesa —de tanta significación reoectivamentt para el Brasil y el Río de la Plata, Jamaica, el Canadá— conocieron algunas treguas, mas no cambios perdurables. Los conflictos entre Inglaterra y Holanda afectaron los destinos de Nueva Amsterdam; las relaciones entre Francia y España influyeron en Santo Domingo; la lucha entre Holanda y los países ibéricos repercutió en el Brasil y en las posesiones ibéricas del Oriente. Sin embargo, no siempre coincidieron los resultados de las acciones en unas y otras partes del mundo. Algunas batallas libradas en los campos de Europa fueron desfavorables para naciones que habían obtenido victorias en los campos americanos. En los tratados de paz se insertaron cláusulas de cesión de intereses en América a cambio de compensaciones obtenidas en cuestiones del Viejo Mundo u otros arreglos de carácter pluri-continental.

Las rivalidades ultramarinas siguieron generalmente las grandes líneas de las divisiones ideológicas de Europa. Ello ocurrió en las luchas de los colonos protestantes ingleses contra los católicos franceses o españoles, o en las de los protes-

tantes holandeses contra los católicos portugueses. Mas los portugueses y los españoles, que profesaban la misma religión católica, figuraron frecuentemente como naciones contendientes en Europa, África, América y el Oriente. Los ingleses siguieron distinta vía de religión que los portugueses, lo cual no fue impedimento para que celebrasen con ellos una alianza política duradera frente a los españoles. Los holandeses y los ingleses rivalizaron en la esfera económica, marítima y territorial, a pesar de tener ligas fundadas en afinidades religiosas protestantes.

Los elementos de fuerza que en cada imperio desplegaban la marina, el ejército regular y las milicias coloniales, la diplomacia y los recursos del fisco, en unión del juego de las alianzas, contribuyeron a determinar los resultados de conservación o pérdida de las posesiones ultramarinas en el curso de los grandes y sucesivos conflictos de la época. Durante los periodos de hostilidades, las colonias de América quedaron expuestas a sufrir los efectos de la guerra marítima o terrestre y, al mismo tiempo, las cargas de la milicia, los impuestos y las escaseces y carestías que traían consigo las interrupciones de las exportaciones e importaciones a través del océano. Los progresos alcanzados en la disposición de las flotas, armamentos de fuego, ejército de línea, en suma, las nuevas aplicaciones del desarrollo técnico y del arte de la guerra que podían observarse, sobre todo en el siglo XVIII, en las esferas de la expansión de las naciones europeas, vincularon más estrechamente los teatros de los combates de las metrópolis y de las colonias, así como los de unas y otras partes de América. Todo ello extendió el campo y agravó el peso de las contiendas coloniales dentro del conjunto de las relaciones internacionales de la época.²

Los movimientos de índole militar ponían al descubierto una serie de contactos entre las varias metrópolis y de contiendades, rutas y corrientes de expansión entre unas y otras áreas imperiales. En forma todavía más saliente que el comercio, oculto muchas veces detrás del contrabando, esos encuentros de carácter bélico entre los imperios poseían suficiente relieve y exterioridad para que no pudieran pasar inadverti-

dos. Habitualmente han sido considerados como el tipo por excelencia de los contactos interamericanos en la época colonial. Ya sabemos que no eran los únicos, pero tanto por su relación con la geografía del Nuevo Mundo como por su repetición y efectos duraderos ameritan un estudio detenido.

Es EXPLICABLE, en virtud de la posición europea de las metrópolis, que hubiera desplazamientos de flotas y ejércitos a través del océano, ya para defender las colonias propias, ya para atacar a las de naciones enemigas. Por otra parte, aunque fueran menos frecuentes o decisivas, embarcaron expediciones de tropas americanas con destino al África o bien de unas a otras regiones de América (por ejemplo, los soldados de Brasil fueron conducidos por Salvador Correa de Sá de Río de Janeiro a la reconquista de Angola en 1648; los de México acudieron a la defensa de Jamaica y de Santo Domingo; la colonia de los cuáqueros de Pennsylvania no deseaba participar en servicios militares y ofreció sirvientes contratados para integrar la cuota de reclutas que le correspondía suministrar al cuerpo de la expedición Vernon-Wenworth, habiendo vuelto pocos de ellos a la patria después de la catástrofe de las armas inglesas ante Cartagena;³ los milicianos de Norteamérica prestaron servicios en periodos de guerra en las Antillas).⁴

Los desplazamientos marítimos fueron sumamente importantes en la historia de las contiendas coloniales (ello se vio durante la guerra ibero-holandesa en las costas del Brasil, en las luchas franco-inglesas de las Antillas, es los ataques de la flota inglesa contra Québec). Hubo también marchas notables por tierra (*v. g.* en las fronteras de las posesiones francesas e inglesas de Norteamérica, donde Jorge Washington hizo sus primeras armas; en las contiendas lusoespañolas en las regiones del Paraguay y del Plata; en algunas campañas en la Isla de Santo Domingo entre españoles y franceses). No fueron insólitas las ocasiones en que una combinación de los movimientos marítimos y terrestres determinó la suerte de las luchas coloniales.

De modo que la historia militar del Nuevo Mundo no sólo ofreció la página de las conquistas de los europeos frente a

los nativos sino también la de las rivalidades entre los marinos, soldados y colonos de distintas soberanías. Como a continuación explicaremos, estos episodios militares estuvieron a veces seguidos de cambios políticos, sociales y de cultura que dejaron huellas perdurables en la historia de varias regiones americanas, notablemente en el Canadá francés conquistado por los ingleses.

Resalta el nexo entre la geografía del Nuevo Mundo y los acontecimientos militares cuando se comparan las campañas de la época colonial con las de los periodos de la independencia y de la vida nacional; ese examen permite percibir la existencia de una red de conexiones en América que subsistió después del término de la dependencia de las metrópolis rivales de Europa.⁵

La expansión de los europeos en el Oriente, después del hallazgo de la ruta marítima alrededor del Cabo de Buena Esperanza y de la apertura de la navegación por el Pacífico, dio lugar a rivalidades entre portugueses y españoles en torno de las Molucas y de las Filipinas. Los ingleses actuaron ante los holandeses, en el siglo XVIII, como éstos se habían comportado en el siglo anterior con respecto a los portugueses. Francia, a su vez, se hizo presente en ese cuadro de relaciones coloniales, particularmente en la India.⁶

Es decir, en ambas esferas de la nueva vida de relaciones ultramarinas —las Indias Orientales y las Occidentales, según el lenguaje de la época— podían observarse fenómenos paralelos de rivalidad entre varios pueblos europeos, de transferencias de soberanía o de sucesión de dominios.

Las costas de África tampoco constituían una excepción.

Los efectos de las rivalidades imperiales fueron a veces de suma importancia para resolver el destino político de los territorios de colonización.

El primer imperio quebrantado desde el siglo XVII, el holandés, perdió sus regiones situadas en Norteamérica y en el Brasil, las cuales pasaron a formar parte definitivamente de los dominios angloamericanos y lusoamericano, y sólo le quedaron a Holanda los restos de la parte central del imperio en las islas del Caribe y en Guayana.

El segundo imperio quebrantado en el siglo XVIII, el francés, cedió el Canadá a los ingleses, y la Luisiana primero a los españoles y luego a los Estados Unidos. El ala sudamericana del imperio francés no había prosperado en el siglo XVI ni a principios del XVII ante la resistencia que opusieron los lusitanos en Río de Janeiro y en Maranhão. Después de la independencia de Haití, sólo retuvo Francia algunas islas en las Antillas menores, la Guayana en el centro continental de su frustrado imperio americano y, al norte, en las cercanías de Terranova, los islotes de Saint Pierre y Miquelon para fines de pesca.

El imperio inglés, al término de la crisis de la independencia de las colonias continentales en 1783, conservó al norte la Bahía de Hudson, Terranova, el Canadá y la Nueva Escocia; al centro, sus islas de Bahamas y Antillas más Belice, y todavía creció al tomar posesión de Trinidad y parte de Guayana; al sur logró extender su dominio a las Malvinas y fracasó al intentar invadir el Río de la Plata a comienzos del siglo XIX.

Las rivalidades en la costa noroeste del Pacífico influyeron en la determinación de los límites de las posesiones españolas, inglesas y rusas. La posesión rusa de Alaska sobrevivió a las conmociones de la era de la independencia, pero en 1867 fue vendida a los Estados Unidos.

La posesión de las islas Vírgenes danesas, concluyó en 1917, también por venta a los Estados Unidos, y sólo quedó en poder de la antigua metrópoli la colonia de Groenlandia en el extremo nórdico.

LA FRAGMENTACIÓN DEL IMPERIO español, cuando es vista sobre el fondo que ofrecen estos otros casos, no aparece tan insólita e incomprensible, aunque esto no quiera decir que haya dejado de tener efectos particularmente graves. España conservó, a semejanza de otras potencias europeas, sus islas antillanas (Cuba y Puerto Rico hasta 1898, y perdió definitivamente Santo Domingo en 1865). Las colonias continentales dieron origen a varias naciones, en unos casos por falta de proximidad (*v. g.*, entre la Nueva España, el Nuevo Reino

de Granada, el Perú y el Río de la Plata); y en otros ejemplos, aunque la hubiera (como en Centroamérica). Existieron al mismo tiempo movimientos de unión o confederación y de separación, prevaleciendo en general estos últimos (*v. g.*, entre México y Centroamérica; los países de Centroamérica entre sí; la Gran Colombia que se fragmentó en el Ecuador, Colombia y Venezuela; Panamá que al fin se apartó de Colombia; la fracasada Confederación peruano-boliviana; las Provincias Unidas del Río de la Plata que no alcanzaron sus metas). Las naciones mayores que brotaron del tronco hispanoamericano no resultaron ser tan extensas como el Brasil y los Estados Unidos al término del periodo de los reajustes territoriales; sin embargo, no debe olvidarse que también dentro de estas dos formaciones políticas hubo fuerzas poderosas de disgregación, que llegaron a provocar crisis.

Los historiadores del mundo antiguo concedieron atención particular al tema de la sucesión de los imperios. Volvió a figurar en lugar prominente en la concepción de la historia de los autores del periodo del Renacimiento,⁷ y no se hizo aguardar su extensión a los desarrollos imperiales que siguieron al hallazgo colombino.⁸

En el periodo indígena de la historia del Nuevo Mundo, los aztecas y los incas habían formado extensas organizaciones políticas, que los españoles calificaron de imperios. La monarquía española abarcó ambas agrupaciones dentro de una entidad política más vasta.

El imperio lusitano se había extendido por varios continentes.⁹

En el curso de los siglos *xvii* y *xviii*, las rivalidades imperiales enfrentaron en el Nuevo Mundo a suecos, holandeses e ingleses en torno del Delaware y del Hudson; a hurones e iroqueses, franceses e ingleses en las fronteras del Canadá; a franceses, españoles y angloamericanos en Luisiana; a españoles, franceses, ingleses, holandeses y otros europeos en las Antillas; a españoles e ingleses en varias regiones del continente; a portugueses y holandeses en el Brasil; a españoles y portugueses en el Río de la Plata; a rusos, ingleses y españoles en la costa noroeste de Norteamérica.

El crecimiento de Angloamérica a expensas de holandeses, franceses y españoles, así como la expansión ulterior de los Estados Unidos en dirección de las fronteras de México, más su influjo sobre las Antillas y Centroamérica, donde logró la apertura del canal de Panamá, y su dominio sobre Hawai, Guam, las Filipinas y la navegación hacia el Oriente, iban a añadir otros ejemplos importantes a esta serie de encuentros y sucesiones de soberanía.¹⁰

SI LAS VICISITUDES imperiales ejercieron influjo notorio en la historia del mundo ultramarino, no se redujo a ellas la vida internacional de las colonias, ya que sus poblaciones iban adquiriendo una personalidad histórica propia que se hacía presente en las campañas militares y en las negociaciones políticas.

Las naciones imperiales, junto a los ejércitos regulares que enviaban al Nuevo Mundo, mantenían milicias compuestas de americanos. Los miembros de ellas adquirieron experiencia militar al tomar parte en las luchas de los imperios, aprendieron a distinguir con mayor claridad sus intereses de los de los europeos y se vieron impulsados a rebasar el horizonte provinciano para concebir sentimientos políticos nacionales más amplios. Así ocurrió a los lusoamericanos cuando combatieron contra los holandeses en el nordeste del Brasil en el siglo xvii; a los colonos angloamericanos que participaron en la guerra de Siete Años contra Francia en el siglo xviii; y los hispanoamericanos de las provincias del Río de la Plata cuando rechazaron las invasiones inglesas a principios del siglo xix.

Hubo algunos tratos o negociaciones directas entre colonias (*v. gr.*, entre Georgia inglesa y Florida española, entre Nueva Amsterdam holandesa y las colonias inglesas, entre Nueva York inglesa y Canadá francés, entre las partes española y francesa de la isla de Santo Domingo).¹¹

El desarrollo de los intereses de las colonias se hizo particularmente visible en medio de la crisis de la independencia; por ejemplo, las provincias de Norteamérica que se separaron de Inglaterra supieron distinguir con nitidez sus

propios propósitos de los de las potencias europeas rivales que intervinieron en la lucha.

Los contactos a través de las expediciones marítimas y de las guerras en las fronteras territoriales de los imperios, sumados a las controversias religiosas, a las penetraciones mercantiles en suelo extranjero y al juego de la diplomacia de metrópolis y colonias, llegaron a formar un fondo de experiencias y reacciones de unos colonizadores frente a otros. En parte obedecían a la herencia de las rivalidades de los pueblos europeos, y en parte a las situaciones que se habían creado "más allá de la línea", es decir, en el mundo ultramarino.

Un conjunto de ideas, sentimientos, afinidades, repulsiones, creencias, recuerdos, prejuicios e intereses concurren a integrar la imagen u opinión que se formaba cada grupo de colonizadores con respecto a los otros. Esas figuras mentales ofrecían cierta fijez a través de las descripciones provenientes de las metrópolis, de las posesiones del continente o de las islas.

Naturalmente variaron los autores y las personalidades a las que se referían los testimonios, así como las circunstancias y los momentos en que éstos aparecieron; pero las corrientes de las rivalidades imperiales cruzaron los mares y las tierras de América, prolongaron conflictos antiguos o crearon otros nuevos.

La hostilidad entre hispanoamericanos y lusoamericanos en el Río de la Plata prolongaba los sentimientos nacidos de la vecindad difícil de españoles y portugueses en la Península.

Los consejeros holandeses de Recife escribieron al Consejo de los xix en Holanda, en 1645, que la nación de los portugueses, siendo tan diferente de la de ellos en religión, lengua y costumbres, y estando fuertemente endeudada, no podría ser mantenida en obediencia sino por medio de la fuerza.¹²

Fue bastante habitual el gesto de precaución de los franceses ante los españoles;¹³ en cambio, solían mostrar mayor inclinación hacia los portugueses. La opinión de los france-

ses con respecto a los ingleses revelaba habitualmente un sentimiento agudo de rivalidad, no desprovisto de cierta admiración.

Los angloamericanos acostumbraban mostrar orgullo y poca simpatía hacia sus vecinos franceses y españoles. Usaron también un lenguaje áspero contra los holandeses al surgir la contienda en la costa del este de Norteamérica.

Los INCONVENIENTES de la vinculación política trasatlántica se hacían sentir a uno y otro lado del océano. Había gentes de las metrópolis que deploraban los compromisos y los gastos que ocasionaba la expansión ultramarina. Y en las posesiones americanas, ya fueran de ingleses, franceses, españoles o portugueses, comenzaba a cobrar vigor un deseo de aislamiento frente a las repetidas contiendas del continente europeo; es decir, nacía una ambición de mantener la paz americana al margen de las luchas periódicas de las metrópolis de Europa.¹⁴

El peso diplomático y militar de los imperios fue una realidad que las provincias de América conocieran con mayor o menor cercanía y dramatismo en la época de su dependencia. Al cesar la vinculación política trasatlántica, hubo un alejamiento relativo y temporal de los pueblos americanos del cuadro de los conflictos y del equilibrio de Europa; se hizo notar, asimismo, a ausencia de la protección inmediata de las antiguas metrópolis, salvo con respecto a posesiones que continuaron dependiendo de ellas durante el siglo XIX (Canadá, Belice, Jamaica, Trinidad, Malvinas, en el caso inglés; Cuba y Puerto Rico, en el español, y por el breve período de su reanexión Santo Domingo (1861-1865); Martinica y Guadalupe, en el francés; Curaçao, en el holandés; las Guayanas bajo las autoridades inglesa, holandesa, y francesa).

Las herencias de las rivalidades imperiales influyeron en el curso que tomaron las relaciones interamericanas. Algunos encuentros entre naciones de América con motivo del acomodo de fronteras u otros intereses prolongaron, en cierto modo, los conflictos anteriores de la época de la coloniza-

ción. Las fronteras entre el Canadá y los Estados Unidos, y entre los Estados Unidos y México, conocieron en el período nacional momentos de crisis que pueden verse, en parte, como una prolongación histórica de los conflictos imperiales entre las posesiones francesas, inglesas y españolas. Las relaciones entre Haití y Santo Domingo continuaron siendo difíciles. En el Río de la Plata, la antigua rivalidad luso-española se prolongó a través de la oposición de intereses que condujo al Brasil y a la Argentina a la guerra en 1825-28 y en 1842-52 e influyó en las vicisitudes de la independencia del Uruguay. Todavía se percibieron los reflejos de las contiendas del pasado en la famosa guerra del Paraguay (1864-70) que envolvió a todas las naciones del área del Plata (Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay).¹⁵ Las corrientes internacionales pudieron penetrar en el siglo XIX por nuevos cauces (por ejemplo, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos entraron en contacto directo con regiones de Iberoamérica). Se produjo así una alteración profunda de la vida internacional americana, mas sin que desaparecieran del todo ciertas tendencias y problemas que ya habían hecho cavilar a los estadistas imperiales.

La independencia del Nuevo Mundo contribuyó a transformar las relaciones económicas y políticas de los continentes, modificando su posición dentro del cuadro mundial, como lo había previsto Canning en su frase ambiciosa: "I called the New World into existence to redress the balance of the Old" (1826).¹⁶

NOTAS

¹ Esto ha sido visto con claridad por F. G. DAVENPORT, *European Treaties bearing on the History of the United States...*, Washington, D. C., 1917, 1, 7: "The successful intruders, French, English, Dutch, and others, also sought exclusive rights for their respective peoples or even for certain of their own trading companies in the newly acquired commerce and land. So the ideal of free ocean commerce and navigation, championed by some Frenchmen and Englishmen in the sixteenth century, and brilliantly expounded by Grotius near the beginning of the seventeenth century, remained unrealized."

² Por ejemplo, hacia el fin del período que estudiamos, en razón de

los intereses generales de las potencias marítimas, los comienzos de la guerra que condujo a la independencia de los Estados Unidos estuvieron relacionados con acontecimientos que tenían por teatro la América del Sur. En efecto, durante las hostilidades entre España y Portugal en el Río de la Plata, en 1777, Inglaterra se interesó en prevenir toda extensión de su propia guerra, toda fusión de ésta con la guerra hispanoportuguesa. DAURIL ALDEN, "The Marquis of Pombal and the American Revolution", *The Americas*, xvii-4 (Washington, D. C., abril, 1961), 369-382, observa que: "If Great Britain's principal adversaries, France and Spain, welcomed the approach of civil war in the colonies as an opportunity to strike back at their long-standing enemy for losses they had sustained in the Seven Years' War, Portugal's chief minister realized that the outbreak of hostilities in English America would dash his chances of obtaining vital British military support for Portugal's impending war with Spain in South America" (p. 369); "when Portugal again faced Spain in war (1776-1777), she did so alone, emerging from that encounter soundly defeated with her Platine ambitions considerably blunted" (p. 376). Véase asimismo del propio autor, "The Undeclared War of 1773-1777: Climax of Luso-Spanish Platine Rivalry", *HAHR*, xli (Feb., 1961), 55-74. Francia procuró, en el invierno de 1777-78, que España terminase su diferencia con Portugal y se preparase bajo el Pacto de Familia a enfrentarse a Inglaterra. El tratado que puso fin a las hostilidades en Sudamérica fue firmado en San Ildefonso el 1º de octubre de 1777 y definitivamente en El Pardo el 24 de marzo de 1778. Francia concluyó un doble tratado de comercio y de alianza con los insurgentes de la América del Norte el 6 de febrero de 1778, y declaró la guerra a Inglaterra en junio del mismo año. España notificó el estado de guerra a Inglaterra a mediados de junio de 1779. F. P. RENAULT, *Le Pacte de Famille et l'Amérique*, París, 1922, páginas 249, 260-261, 273, 282.

³ H. L. OSGOOD, *The American Colonies in the XVIII Century*, New York, 1924, in, 498, 500. Cf. G. FRIEDERICI, III, 159-160.

⁴ George CLARKE, Teniente-Gobernador de Nueva York, para animar a los voluntarios a tomar parte en una expedición destinada a las Antillas, les razonaba que la adquisición de territorios en esa zona abriría la puerta al consumo de provisiones del norte, y el agricultor y el comerciante se beneficiarían. En Cuba podrían establecerse emigrantes y consumirían más provisiones que otras islas de las Antillas. R. PARES, *War and Trade*, p. 82. Dos compañías de voluntarios de Massachusetts llegaron a Jamaica en 1703 y fueron embarcadas contra su voluntad en la flota del Almirante Whetstone, *Ibid.*, p. 93. Los voluntarios, en 1740, se quejaban del trato que recibían: "nobody disliked the service of the King's ship more... than the North Americans". Y según Vernon, los oficiales del ejército regular "grumbled at having to fight battles in order to conquer land for North Americans". El servicio en las Antillas fue imposible durante algunos años en las colonias del norte; pero hubo voluntarios, de

nuevo, en 1762, en la expedición contra La Habana, *Loc. cit* En 1761-62, Barbados dio 600 voluntarios blancos para el ataque contra Martinica, *Ibid.*, p. 222, 233.

⁵ Cf. en cuanto a Norteamérica, E. C. SEMPLE, *American History and its Geographic Conditions*, Boston, 1933, pp. 56-59, 47-50. Y los estudios sobre las marchas de Bolívar y San Martín en Sudamérica, desde los debidos a Bartolomé Mitre hasta los de Vicente Lecuna. Ese planeamiento es significativo asimismo para el estudio de la expansión de las fronteras del Brasil. Cf. J. H. RODRIGUES, *Programa*, p. 162 ss.

⁶ Cf. P. BONNASSIEUX, *Les Grandes Compagnies de Commerce*, p. 60.

⁷ Un ejemplo brillante se encuentra en la decoración de la Sala della Stufa, de la Galería Pitti de Florencia, donde aparecen: Ninus, rex assiriorum. Arbaces, rex medorum. Cyrus, rex persarum. Alexander Macedo. Iulius Caesar. Iacob Almansor, rex saracenorum. Solhimanus Imperator Turcarum. Carolus V Imper. Austriacus: reggo terra infinita, immensi Mari, ma piu' mi glorio esser fedele a'Dio". Véase asimismo Werner GOEZ, *Translatio Imperii. Ein Beitrag zur Geschichte des Geschichtsdenkens und der politischen Theorien im Mittelalter und in der frühen Neuzeit*, Tübingen, 1958.

⁸ Cf. S. ARNOLDSON, "Los momentos históricos de América según la historiografía hispanoamericana del periodo colonial", en *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Roma*, Florencia, 1955, VII, 32: "El concepto de la evolución histórica como siendo una serie de *traslaciones imperii* por ejemplo, se transmitió de la historia del Mundo Antiguo a la del Nuevo Mundo. Ya en el siglo XVI se nota esta interpretación de la evolución prehispánica de América en un gran número de crónicas". Edición completa, Instituto Ibero-Americano, Gotemburgo, Suecia, "Insula", Madrid, 1956, 103 p. Véase asimismo Antonello CERBI, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica, 1750-1900*, Milano-Napoli, R. Ricciardi, 1955, p. 145.

⁹ Véase la apreciación de estos acontecimientos por J. F. LAFITAU, S. J., *Histoire des découvertes et conquêtes des Portugais dans le Nouveau Monde*, Paris, Saugrain, 1733, 2 vols.

¹⁰ El análisis geográfico de estas formaciones imperiales atrajo la atención de Vidal de LA BLACHE, *Principes*, p. 213 ss.: "les faits généraux, dans l'histoire des sociétés humaines, ne se produisent jamais d'emblée. Il faut préalablement triompher des obstacles accumulés autour de chaque groupe par les distances, la nature des lieux, les hostilités reciproques. Un développement embryonnaire précède le plein épanouissement de l'être. Il faut donc remonter un peu plus haut dans la chaîne des faits". "La puissance de l'Etrurie se fonde dans celle de Rome", etc.

¹¹ M. SVELLE, *A Short History of American Civilization*, New York, 1957, pp. 80-81, anota entre ingleses y holandeses en Norteamérica: "A boundary between the two nationalities was established by the Treaty of Hartford, made by Peter Stuyvesant and the New England Confedera-

tion in 1650. Meanwhile, the Dutch merchants of New Amsterdam were developing a thriving carrying trade with New England and Virginia: Virginia and New Netherland went so far as to regularize their trade in a commercial treaty of 1660"; p. 83, Treaty of Sandys Point, sobre St. Christopher, "american isolationism relative to European wars"; misma página, "to apply the principle of the 'two spheres' to the colonial situation", Treaty of Whitehall, 1686, entre Luis XIV y Jacobo II de Inglaterra. Véase del propio autor "Colonial Origins of American Diplomatic Principles", *Pacific Historical Review*, III (1934), 334-350.

Un acuerdo entre autoridades francesas y españolas de la isla de Santo Domingo, firmado el 21 de julio de 1762 por los gobernadores De Bory y Marqués de Azlor, proveía la defensa en común de la isla frente a Inglaterra; otros arreglos entre los gobernadores de una y otra parte de la isla tuvieron por objeto la delimitación de fronteras. F. P. RENAUT, *Le Pacte de Famille et l'Amérique*, Paris, 1922, p. 218.

¹² C. R. BOXER, *The Dutch in Brazil, 1624-1654*, Oxford, Clarendon Press, 1957, p. 166.

¹³ Por ejemplo, expresado en las esferas más altas de la diplomacia se le encuentra en el "Cérémonial pour les Ambassadeurs qui vont en Espagne (1673)", Paris, A. N. Marine, B7, 207: "Il ne faut jamais user de menaces, quelque délicates qu'elles puissent être, en traitant avec les Espagnols, si on ne veut les rebuter et les mettre au désespoir. On doit les vaincre par la raison, mais dès qu'ils s'aperçoivent qu'on veut leur donner de la terreur, c'est alors qu'ils se raidissent contre ce qu'on souhaite d'eux, et qu'ils se déterminent à périr plutôt que de se rendre..." Cit. por Albert GIRARD, *Le Commerce Français à Seville et Cadix...* Paris, 1932, p. 269. En mi obra *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, 1949, pueden encontrarse otros testimonios.

¹⁴ Thomas Jefferson escribía a Alexander von Humboldt en 1813: "The insulated state in which nature has placed the American continent should so far avail it that no spark of war kindled in the other quarters of the globe should be wafted across the wide oceans which separate us from them"; también pensaba: "One hemisphere of the earth, separated from the other by wide seas on both sides, having a different system of interests flowing from different climates, different soils, different productions, different modes of existence, and its own local relations and duties, is made subservient to all the petty interests of the other, to their laws, their regulations, their passions and war". Cit. por A. P. WHITAKER, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline*, Ithaca, N. Y., 1954, pp. 28-29. Véase asimismo la introducción de M. del C. VELÁZQUEZ, *El estado de guerra en Nueva España, 176-1808*, México, 1950. Renato de MENDONÇA, *Alexandre de Gusmão. El precursor de Monroe y las directrices del tratado de Madrid*, México, 1941, e *Historia da Política Exterior do Brasil (1500-1825)*, México, 1945.

¹⁵ Véase en general sobre este tema, Gordon IRELAND, *Boundaries*,

Possessions, and Conflicts in South America (1938), y *Boundaries, Possessions, and Conflicts in Central and North America and the Caribbean* (1941).

¹⁶ Sobre los aspectos internacionales de la independencia iberoamericana, véase J. W. CAUGHEY, *Programa*, pp. 30-35, y las partes correspondientes en los Programas de M. C. Velázquez, E. Pereira Salas y A. J. Lacombe, del Periodo Nacional.